

Inés Babío Segura

Por fin llega la hora. Tras un día de trabajo duro y rutinario, salgo cansada a la calle, y antes de enfrentarme a mi segundo trabajo, mi casa, me dirijo a la pequeña cafetería de la esquina. Debo admitir que la decoración es un tanto desagradable, pero la atención que te prestan y la humildad de los dueños hacen que quiera quedarme. Comienzo a pensar. ¡Qué duro trabajar, qué duro es ser nueva en esto de llevar una casa, de esperar un hijo, de tu primer coche, de las responsabilidades! ¡Cómo cuesta enfrentarse a esto, a lo que es más conocido como “vida”...! El ruido de la puerta distrae mis pensamientos. Entonces la veo, veo una pequeña niña que entra detrás de su madre. Una niña rubia, con unos grandes y brillantes ojos que no apartan la vista de su madre. La mira atenta, expectante, fijándose en cada uno de sus movimientos, en cómo se dirige al camarero, en los gestos. Entonces me veo reflejada a mí, esa inseguridad que tenemos de pequeños, esa necesidad que tenemos de fijarnos en nuestros padres, que son nuestros modelos. También me fijo en su timidez, la que no le deja ser como desearía. Y me vuelvo a sentir identificada. ¿Soy yo? ¿Quién sabe? De momento sigo observándolas. De pronto la niña se dirige a su madre: “mamá, no me dejes ser como ellos de mayor ¿vale?”. Me doy cuenta de que en ese momento entraba un grupo de adolescentes gritando, escandalosos y terminando prácticamente sus colillas en la entrada.

Y entonces es cuando me doy cuenta. Al igual que yo ahora no quiero enfrentarme a lo que viene, su mayor preocupación es no ser como esos chavales; esos a los que ella ve tan mayores y diferentes. Como quisiera decirle: “pequeña, esto es la vida” “disfruta de cada momento”. Pero no, decido dejarlo así, mientras piense así, tenga esa actitud, esos ideales... Es mejor no decirle nada. Porque si es así ahora, es que lo está haciendo muy bien. Va por el buen camino.